

SERGE N. PROKOPOVICZ: *Histoire économique de l'U. R. S. S.*—Traducción de Marcel Body.—Au Portulan chez Flammarion, Paris, 1952, 626 págs.

La dificultad casi insuperable de obtener documentación sobre el tema explica el escaso número de obras científicas occidentales dedicadas a la economía de la U. R. S. S. Por tanto, la obra de profundo interés, bien estructurada y minuciosamente razonada de Serge N. Prokopoviez viene a llenar un hueco sensible, permitiéndonos adentrarnos en el fenómeno ruso-soviético con vistas a prever su alcance, sus posibilidades y sus consecuencias. Porque en este caso concreto, el fenómeno en cuestión está totalmente implicado en lo económico, ya que «la economía nacional (rusa) representa un conjunto social, colectivo, cuyas partes están todas ligadas entre sí por tales o cuales lazos de correlación», lo que explica el celo del Gobierno soviético por ocultar o falsear los datos económicos. Sólo a base de paciencia, ingenio y tesón dignos de elogio, Serge N. Prokopoviez ha podido brindarnos una obra que puede ser tenida por una suma, obra ponderada y científica, bien meditada, aunque acaso un poco lenta en el desarrollo por una evidente preocupación de exactitud.

*Histoire économique de l'U. R. S. S.* tiene, además, otro motivo de interés: la personalidad de su autor. Ruso de nacionalidad, Serge N. Prokopoviez se unió al movimiento social democrata en 1898. Militante activo, encarcelado y desterrado reiteradamente, después de la Revolución de febrero de 1917 desempeña en Moscú la cátedra de Economía Política, pasa a ser de-

cano de la Facultad de Derecho y, finalmente, profesor de Economía Política en la Academia de Agricultura, al mismo tiempo que director del Instituto Cooperativo. Perseguido en 1922 por los soviets, sólo pudo salvar la vida merced a la influencia cerca de Lenin de amigos americanos. Desde entonces vive desterrado de Rusia, pero apasionadamente atento a la evolución de un fenómeno cuya iniciación y primeras fases conoció teórica y prácticamente. De consiguiente, es desde el triple punto de vista de ruso, de militante socialista desvinculado del dogmatismo leninista-staliniano y de economista que enfoca la historia de una economía que da la clave de los restantes factores del hecho soviético.

Así, del estudio de los recursos naturales, se desprenden realidades difíciles de soslayar, cuales son un suelo extensísimo, donde el calor y la humedad están mal repartidos, junto a deficientes condiciones climatológicas que acarrear un paro parcial orgánicamente ligado a la economía agrícola rusa. Los esfuerzos del régimen soviético no han modificado grandemente estas condiciones básicas, ni han aumentado la productividad del campo a la misma cadencia que el crecimiento demográfico. Por tanto, la cosecha de cereales, que en quintales y por persona era de 4,9 en 1914, bajó a 4,2 en 1938. Por ello, con escasas posibilidades de aumento de la producción agrícola, en particular por la pequeña superficie de tierras disponibles, y con una creciente po-

blación industrial, la U. R. S. S. habrá de recurrir a las importaciones de los países balcánicos, del Sin-Kiang y de la Mongolia Exterior. De ahí el interés de la política exterior rusa por esas regiones.

En lo que respecta a las riquezas del subsuelo, su explotación en gran escala va ligada al esfuerzo de industrialización del régimen soviético, con vistas a conseguir la independencia económica y política. Serge N. Prokopoviez facilita numerosos cuadros estadísticos relativos a este aspecto de la actividad soviética, advirtiendo que no pocas cifras son cálculos aproximados, en este caso como en otros muchos aspectos de la economía soviética. Las glosas de los cuadros estadísticos de las explotaciones mineras investigadas señalan que su desarrollo arrastrará la ulterior industrialización de regiones hoy semidesérticas y su aprovechamiento agrícola para resolver el problema de la alimentación obrera. Pues en la Rusia soviética se da el caso poco frecuente de que la industrialización es factor de evolución de la agricultura.

Si la productividad de un país está ligada al número de trabajadores, que a su vez tiene relación con la población total, aparece clara la importancia de la demografía en la vida nacional. Las cifras exactas de la población de la U. R. S. S. no son reveladas; pero Serge N. Prokopoviez, mediante sus cálculos razonados, nos lleva a la conclusión de que en 1950, dentro de las antiguas fronteras, era de más de 174 millones y de más de 197 millones dentro de las nuevas fronteras. Por lo demás, describe prolijamente los altibajos demográficos de la U. R. S. S., explicando sus causas. Señalamos que, reconocido que una de las causas de la depresión demográfica era la disgregación familiar y las prácticas abortivas, el Gobierno soviético, en 1937, puso en vigor leyes severas, copiadas de cualquier país occidental, respecto al divorcio, matrimonio, etc. De suerte que de mano de la economía se impuso la moral. Consecuencia del aumento demográfico (por disminución de la mortandad y por nacimientos) es la formación de la juventud. La instrucción obligatoria ha dado resultados positivos en cuanto a eliminación del analfabetismo, aunque resulta que muchos escolares intelectualmente sólo «pasan» por la esencia, según *Pravda*. Sobre el aspecto cultural, Serge N. Prokopoviez hace observar

que el régimen soviético se preocupa preferentemente de la resolución de problemas prácticos antes que de la verdadera cultura, señalando al propio tiempo el dogmatismo imperante en la formación de la juventud, que «si piensa por sí misma y aspira a la libertad política, terminará probablemente sus días en un campo de trabajos forzados».

El muy complejo problema de la estructura agrícola de la U. R. S. S. lleva a Serge N. Prokopoviez a diseñar un estudio histórico de la evolución de la agricultura rusa desde la abolición de la esclavitud (1861) hasta la Revolución de Octubre, que inicia una transformación radical mediante la abolición de la gran propiedad privada, primero a través del reparto de tierras entre los campesinos pobres, solución que resultó un fracaso en cuanto a productividad e igualdad, pero que había sido adoptada por razones políticas. Posteriormente, a base de numerosos tanteos, se fué estructurando la agricultura soviética (granjas de Estado, kolkhoses, pequeña propiedad privada de los kolkhosianos). Prescindiendo de los múltiples cuadros estadísticos que sirven de fundamento a las glosas de Serge N. Prokopoviez, y de las diversas etapas de la lucha feroz entre el régimen y los campesinos (requisiciones, declaraciones de cosechas, deportaciones, colectivización, etc.), señalemos que durante los dos primeros planes quinquenales, con relación a 1913, «la superficie cultivada sólo creció en un 29 por 100, en tanto que el primer año de colectivización acentó un descenso catastrófico de la ganadería». El balance de la agricultura planificada hasta la guerra muestra, finalmente, que la población rural se ha reducido en un 30 por 100, que mediante la mecanización agrícola ha aumentado la productividad por campesino, y que si bien la renta nacional por trabajador agrícola ha crecido en un 50 por 100, se ignora la parte que de la misma le ha correspondido realmente, pues en 1938-1939 el Estado se adueñó del 50 por 100 de la cosecha, cuyo volumen era fijado de antemano por él. Subrayamos el enorme interés del capítulo dedicado a la organización de los kolkhoses y su funcionamiento bajo la dirección de miembros del Partido, capítulo que relata la resistencia campesina al régimen y las diversas medidas adoptadas por éste, todas encaminadas a la liqui-

dación de la pequeña propiedad individual consentida a los kolkhosianos, pese a que las cifras demuestran que el rendimiento de estas parcelas de tierra es comparativamente superior al de los kolkhosos. Serge N. Prokopoviz nos brinda aquí una visión muy completa de la realidad campesina rusa (social, política, humana, etc.), que pone de manifiesto la voluntad de aplicar ulteriormente el sistema de colectivización total, aunque sea evidente que no resulta ser una panacea. Pero, todo el libro lo pregona. *La esencia del sistema soviético es la voluntad de constreñir la realidad a la teoría.*

Este extremo se acusa particularmente en lo relativo al aspecto industrial, en que el control obrero decretado en octubre de 1917 desorganizó totalmente el trabajo en las minas y las fábricas, terminándose los conflictos laborales por la elevación de los obreros comunistas a los puestos directivos y técnicos. Suprimida la dirección de los establecimientos industriales, «la desorganización de las empresas industriales destruyó la unidad económica y el equilibrio entre gastos de producción y bienes fabricados». El caos industrial y comercial derivado de tal estado de cosas se remedió algo con la N. E. P., verdadera muerte del comunismo ortodoxo decretada por Lenin y no por Stalin, como se ha venido diciendo. Posteriormente, el primer plan quinquenal marcó un retroceso industrial. Pero la formación de cuadros directivos y técnicos, la sustitución de las inversiones de capitales por la acumulación forzada de los capitales de Estado —hecha en perjuicio de los campesinos—, la prioridad concedida a la industria pesada —empezando la casa por los cimientos— y la escasa producción de bienes de consumo lograron poner en marcha una industria rusa de deficiente calidad, a la que ha causado pérdidas, sólo reparables a largo plazo, la guerra de 1941-1945.

Como corolario de estos aspectos básicos de la economía (agrícola, explotaciones mineras e industria), Serge N. Prokopoviz estudia la organización y técnica de la planificación, comparando el sistema soviético con el aplicado en los países capitalistas en un magnífico capítulo impregnado de filosofía de la economía. Finalmente, llega a la conclusión, que explica la tendencia a la expansión de la U. R. S. S., de que el sistema de planificación integral estilo

soviético es de aplicación imposible (en los límites nacionales) de no existir un mercado único, es decir, mundial.

El salario de los obreros y su nivel de vida es objeto de un paciente estudio, operando en realidad, como dice el autor, a base de muy pocos datos ciertos y conocidos. No obstante, ofrecen garantías de seguridad las cifras siguientes, relativas al poder adquisitivo del obrero ruso en 1947, por comparación al de obreros de otros países: el obrero ruso puede adquirir 6.4 «cestas de provisiones» (medida adoptada por el autor), en tanto que al sueco corresponden 7.0, y al norteamericano, 79.4. En 1923, su poder adquisitivo era 3.8 «cestas de provisiones»; en 1929, 6; en 1932, 5.02; en 1935, 2.24; en 1941, 2.13. Siendo otro índice del nivel de vida la superficie habitable, señalamos que en 1923 era ésta seis metros cuadrados, que bajaron a 4.2 metros cuadrados en 1937. Por tanto, es acaso justo pensar con el autor que las malas condiciones de alojamiento y la alimentación deficiente son causas de una disminución de la productividad del obrero.

En cuanto a la modalidad rusa del comercio exterior, que es el monopolio, aparece como una política continuada a lo largo de los años, en razón del esfuerzo para desarrollar sistemáticamente la industria. Pero, pese a las cifras desconocidas del comercio exterior ruso, Serge N. Prokopoviz califica su planificación de fracaso, como se evidenció al finalizar el primer plan quinquenal. Desde la guerra, el comercio exterior se ha reducido notablemente, salvo con los seis países de la Europa oriental políticamente dominados.

Especialista de los cálculos de renta nacional, Serge N. Prokopoviz dedica especial atención a la renta nacional de la U. R. S. S., para concluir que las fuerzas energéticas de la economía rusa se han septuplicado de 1913 a 1950, pero que, por su parte, las fuerzas productivas de la economía, al desarrollarse, han modificado su estructura.

Atraemos especialmente la atención sobre la conclusión a que desemboca esta obra, cuyo interés es ocioso recalcar en cuantos se preocupan del hecho soviético: a saber: que en la competente opinión de Serge N. Prokopoviz es llegado el momento de que la U. R. S. S. abandone su política «química e insensata», pues treinta y cin-

co años de poder son tiempo suficiente para que la población soviética y el Partido se convengan de la imposibilidad de alcanzar las metas que han condicionado la política rusa: 1.º, el propósito de recuperar el tiempo perdido y en diez años adelantarse a Europa y a Norteamérica; 2.º, el creer que a la Rusia atrasada le corresponde la misión de implantar el socialismo de su hechura en el mundo; 3.º, el pensar que estos objetivos se pueden lograr mediante la guerra civil y la guerra entre naciones.

La obra de Serge N. Prokopovitz tiende a demostrar, con cifras al apoyo, la exacti-

tud de estos juicios, y el máximo mérito de *Histoire économique de l'U. R. S. S.* es, después de desmontar minuciosamente el mecanicismo de la economía soviética, razonar fríamente esa realidad total, dando así pábulo a la esperanza del mundo libre de no verse sometido a los tanteos y los experimentos de los fanáticos de la Teoría empujados con endiablada soberbia en imponer los resultados de sus operaciones mentales a la realidad, cambiando la naturaleza invariable - aunque evolutiva - de los seres y las cosas.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA.

BERNARD LAVERGNE: *La chimère de «l'Europe Unie»*.—Lib. de Médicis, París, 1952, 120 págs.

La idea de una Federación de los pueblos libres, partiendo de los conceptos exployados por C. K. Streit en *Union Now*, constituye un tema de discusión y de comentario en la esfera de los estudios internacionales. Pocas regiones estarían intactas de las consecuencias que acarrearía la plasmación de este pensamiento. Es claro que no podemos abrigar la pretensión de ofrecer un trabajo acabado, completo, de todas las cuestiones que el tema plantea. Por otro lado, en el número 8 de estos CUADERNOS intentamos aportar algunas orientaciones sobre estos extremos. Ciento que el asunto merece hoy una mayor atención. Pues comprobamos el predicamento alcanzado por estas fórmulas, en ocasiones como una superación de los problemas europeos. En esta dirección se inserta el estudio que intentamos comentar. Lamentando no poder insistir sobre los ensayos, las declaraciones y las propuestas que se han prodigado desde la aparición de nuestro artículo. Tal cometido traspasaría las lindes de una breve reseña.

¿Cuál es la crítica que se hace en este pequeño libro? ¿Qué juicios formula su autor? En el fondo, Lavergne siente la inquietud ante el porvenir de Europa. Sus palabras irradian un reconocimiento de la actual limitación europea. Mas si el espíritu de curiosidad se mantiene vivo en el lector, éste descubrirá fácilmente un malestar preciso, derivado de la pérdida de la

posición dominante de Francia, antaño de tanto valor. He aquí la manera de ver de Lavergne: *Tout le monde sait que l'Europe, hélas, n'existe plus*. Es decir, hablar de Europa es hablar del pasado, es hablar de un espejo roto. ¿No dice nada esta notación breve? Resume una filosofía. En efecto, Inglaterra, Holanda y los tres Estados escandinavos se han excusado de formar parte de Europa. Suiza permanece indefectiblemente apegada al dogma de su neutralidad. Portugal y España son puestos aparte. Con lo dicho, es natural llegar a esta conclusión: «Debemos tener la lucidez y el valor de reconocer que la Europa occidental ha perdido para siempre la primacía industrial y militar que era la suya.»

Pero todos los detalles de los asuntos europeos no están presentados en el mismo plano. Sobre el nivel general se destaca el temor francés ante el resurgimiento alemán. En resumen de cuentas, para Lavergne la política aliada reposa sobre tres puntos: 1.º La Alemania occidental está animada de un espíritu completamente pacífico. 2.º Alemania ha sido conquistada por los valores democráticos. 3.º Alemania se ha convertido a la idea de la Europa unida. Realmente, ante estas alegaciones, se destacan otras observaciones: el caso de la desaparición de la República de Weimar (una República sin republicanismo); la tradición germana de política absolutista, que perdura fuertemente; la conveniencia de la socialización,

etcétera. En cuanto a la idea de la Unión europea, se revela que, en Alemania, Europa Unida y *Gross Deutschland* son tomadas juntamente, aun inconscientemente, como conceptos sinónimos.

Ahora bien: venimos a parar al Plan Schuman y al problema del ejército europeo. Y registremos que Lavergne achaca dos graves taras al primero: en él no está prevista ninguna convertibilidad de una moneda a otra y los hombres no tendrán libertad para franquear las fronteras. Con esto se indica que el pretendido mercado común es una caricatura de tal clase de mercado. Dícese que los defensores del Plan Schuman se jactan de que el Tratado va a mejorar el nivel de vida de las poblaciones. Empero se hace la siguiente salvedad: «Sin duda, el alemán vivirá mejor, pero el francés vivirá seguramente más mal.» Todavía más: si se aborda el análisis de los artículos del Tratado, digamos que no hay ninguno de los 204 artículos que no pueda dar lugar a decenas de interpretaciones diferentes. Siendo la Alta Autoridad el único juez, en los términos del Tratado, de las interpretaciones de fondo se pueden resumir todos los artículos diciendo que la Alta Autoridad tendrá el derecho discrecional de hacer, poco más o menos, todo lo que le parezca. He ahí el pensamiento director de Lavergne. Queda por decir que, según el escritor que comentamos, del lado francés y belga el fin secreto del Plan es que Francia y Bélgica consigan tener carbón y coque alemanes y cubrir a la industria alemana. Pero hay razones para temer que Holanda (el puerto de Rotterdam recibe las exportaciones del Ruhr) e Italia (con vistas a obtener la benevolencia germana: carbón y acero) apoyen, en la Alta Autoridad, la posición alemana. Es preciso prever que Francia estará casi siempre en minoría. Y saltemos a otras páginas, en pos de nuevas consideraciones. La unificación económica de los seis países tendría por efecto, ciertamente, el mejoramiento del nivel de vida, pero no les daría capacidad para imponerse unos gastos de armamento paralelos a los de los dos colosos, a menos de reducir desastrosamente los *standards of life*. En rigor, la brusca apertura de las fronteras es imposible sin catástrofes económicas, seguidas de subversiones sociales enfiladas hacia la revolución, tan temida por Washington. De una manera general, casi ninguna de las in-

dustrias francesas podría luchar contra la industria alemana rival. Inversamente, la producción agrícola gala arrastraría a la producción agrícola teutona.

Ahora bien: las observaciones —a veces— de Lavergne no quedan ahí. Y así, sin pensarlo, nos encontramos con la pretendida armonización europea de sus fuerzas armadas. «Nada puede ser tan peligroso para la paz como la decisión americana de reconstituir las divisiones alemanas.» En este camino, las verdaderas consecuencias del ejército europeo van a ser: un ejército alemán más fuerte que las fuerzas armadas francesas, compuesto de soldados profesionales; un Estado autoritario, feudal, policiaco y nacionalista en Alemania; un mayor peligro de conflicto entre el Occidente y el Este, con la alarma de Moscú ante la reconstitución de la *Wehrmacht*.

Y nos complace indicar otros asertos contenidos en este estudio. A la inversa del problema alemán, que pocos franceses perciben, del peligro ruso todo el mundo habla, todo el mundo lo ve. Y al proclamar esta evidencia, Lavergne sostiene que si el Occidente tiene miedo de Moscú, hay fundamento para creer que el Kremlin tiene, a su vez, miedo del Occidente. Mas anotaremos también la conveniencia de no olvidar que Lavergne no acepta el peligro armado ruso. Razones: la U. R. S. S. ha tenido una oportunidad (en 1948-50) y los bolcheviques están convencidos de que las naciones capitalistas occidentales sucumbirán a las fuerzas latentes que las minan en su interior, sin necesidad de presión militar. Esto es suficiente. La perspicacia del lector estimará por su cuenta el valor de esta tesis. Esto no es todo. ¿Qué más descubre Lavergne? La admisión de Alemania en el Pacto Atlántico va a cambiar el carácter defensivo del mismo, para contaminarse, poco a poco, de un sentido de revancha militar (surge aquí el tema de la reconquista de las provincias alemanas perdidas).

Mas, en estos puntos, encontramos relaciones, conexiones y concordancias. Indiquemos que Maurice Duverger, hablando del ejército europeo, se preguntaba en noviembre pasado, en *Le Monde*: ¿Alemania europeizada, o Europa germanizada? No es el momento de insertar las violentas críticas de De Gaulle: el proyecto de ejército europeo se trata, prácticamente, de un *cas-mouflage* de la abdicación nacional: mili-

tarmente se trata de la contribución de contingentes europeos al ejército americano; políticamente se trata de una coartada que se busca dar a la conciencia de los parlamentarios. Y consideremos los razonamientos de Jean Schwoebel: «Todo el mundo comprende la posición de la Gran Bretaña para no adherirse estrechamente a una federación europea; sería ilógico e injustificado que la posición paralela de Francia no fuese reconocida y sostenida por nuestros aliados» (responsabilidades en Indochina, en el Continente africano, etc.). A menos que se tomen medidas radicales para restaurar el poderío francés y británico en la Europa continental, los alemanes —que no tienen obligaciones fuera de Europa— ejercerán la hegemonía dentro del sistema occidental europeo: de esta forma opina Walter Lippmann.

De hecho, hay que contar, en todo esto, con que representantes eminentes de la opinión americana desean vivamente la unidad política de Europa. (Bien reciente está el estudio de Clarence C. Walton, en *The Western Political Quarterly*.) Y, en esta ruta, los Estados Unidos echan mano de diferentes medios. Pero ante las consecuencias totales de tal unión se reacciona con viveza. Los pensamientos de Lavergne contribuirán a esclarecer el sentido de algunas tendencias europeas: por una paradoja increíble los Estados Unidos rehusan a los más grandes Estados de Europa —que han sido, y son todavía, los mayores centros de civilización en el mundo; que desde siglos forman Estados independientes— el derecho de gobernarse a sí mismos, derecho que conceden, tan liberalmente, a las poblaciones famélicas y analfabetas del Irak, de la Transjordania, de la Arabia Saudita o de Libia... El problema es ineludible. ¿De qué nos serviría aumentar en un diez por ciento nuestra comodidad material si, para hacer esto, debemos perder nuestra alma?

También hay que recordar las palabras con que este escritor galo enjuicia determinados aspectos de la política del vecino país. *La France est devenue un protectorat des Etats-Unis, elle deviendra bientôt une colonie américaine... Au reste, ce sera pour son grand profit*. Estas palabras se atribuyen a un senador americano. En rigor, Lavergne asegura lo siguiente: «Sería preciso un volumen para exponer las mil y una intervenciones de las autoridades ame-

ricanas en nuestra política.» La *politique de mendicité* merece sus ataques. Y aunque caen alabanzas sobre el Plan Marshall, reconociendo la valía de esta ayuda, advierte que tales socorros debían haber terminado ya.

Insinúase un nuevo elemento. Este reférese a la posibilidad de una afectiva *entente* franco-alemana. Y véase a continuación cómo desarrolla Lavergne un aspecto de este punto. *No hay pueblos cuyos genios propios sean más opuestos*. Para la totalidad de los franceses, salvo algunos centenares, *Alemania es un libro cerrado*.

De la lectura de este trabajo, ¿surge la angustiosa sensación de que la vida europea carece de finalidad propia? No hay lugar para tal suposición. En la labor de Lavergne se da un dejo de melancolía indefinida: la inmensa transformación sobrevenida desde 1945 es que militarmente Alemania, como Francia, ha pasado a ser una nación de segundo orden. El continente europeo debe aprehender muchas cosas. Ante todo, sepamos hacer cautos distinguos. La unidad económica tiene por condición previa el sentido de una unidad política profunda: ésta es la única capaz de imponer el sacrificio, poco a poco.

Y tales premisas habían de conducirnos a su apropiado corolario. ¿Por qué no asignar un sereno valor a una urdimbre confederal atlántica? La Unión confederal atlántica estaría basada sobre la observancia de los valores democráticos. Esta organización se extendería a Italia, a Austria, a Checoslovaquia, comprendiendo: la Commonwealth (excepto, quizá, la India), todos los Estados de la Europa occidental (incluidos España y Portugal) y los territorios franceses de Ultramar. He aquí algunas ventajas del propuesto entramado atlántico: resolvería las diferencias entre Francia y Alemania; esta concepción política se concilia perfectamente con la *Commonwealth*. Para Lavergne una vasta confederación atlántica podría abrazar a una Unión occidental entre Francia, Italia y el Benelux, con un común Ministerio de Defensa, con una ciudadanía común parcial y una juiciosa unión aduanera, limitada a suprimir derechos sobre un cierto número de productos. Y cae dentro de lo conveniente el establecimiento de un mercado común sobre algunos artículos, bien determinados, entre esta Unión occidental, Alemania e Inglaterra.

Esta es, sintética y fragmentariamente, la opinión de un escritor francés sobre la urdimbre europea. En rigor, para nosotros, la postulación fundamental es la siguiente: ¿tendrán realidad los planes actuales, los ideales del presente? Diríase que nos engañamos a nosotros mismos para no oír nuestra voz interior, insacudible, que nos vocea la inestabilidad de tal empeño. Pero no es lógico insertarse en una senda de irremediable desesperanza. Pues, ciertamente, no se trata de atrapar una ilusión que corra delante de nosotros, sino de afanes trascendentales, a los que hay que dar adecuada y eficaz respuesta. Estancarse, abandonando la inquietud, es ayudar a fraguar el camino victorioso de un poder político insaciable en acerada coyunda con la fuerza militar que la técnica moderna aporta. Una crítica que repose en un estudio largo y tenaz de estas cuestiones y en la observación minuciosa de la realidad circundante del hoy, desentrañará la verdad del caso. Europa

adolece de fragilidad. Y no es el menor peligro el advertido por Servan Schreiber: la gran debilidad del comunismo es que hasta el presente ha aparecido como un método de organización de un nivel de vida muy inferior; pero supongamos que estas condiciones se transforman, que el bienestar de un comunista se hace superior al nuestro y que, a medida que el régimen se consolida económicamente, el terror político se hace menos necesario. ¿Cómo estaremos colocados en la competición en este día? (Véase *EU. R. S. S., l'Amérique et nous*, «Le Monde», 6 marzo 1953, pág. 2, c. 1.) Es indiferente optar por una trabazón confederal atlántica, más o menos completa, con una Europa integrada en su seno; o tomar partido por una Unión europea, encajada en un sistema atlántico difuso. Lo esencial, como se comprende, es actuar en un sentido positivo que dé cabida a las esperanzas...

LEANDRO RUBIO GARCÍA.

LANGER, W.; GLEASON, S.: *The Challenge to Isolation, 1937-1940*.—Harper, New York. 1952. 794 págs.

El título de la obra de los señores Langer y Gleason, así como las fechas que le sirven de subtítulo, indican ya claramente la materia de la misma. 1937 es no solamente el último año de la época anterior a la contienda bélica en el que haya habido posibilidades de paz, sino que marca el punto culminante del aislacionismo americano, atrincherado tras la barrera ilusoria de una política de neutralidad, aparentemente sin fisura alguna. La obra termina tres años más tarde, con la cesión de los contratorpederos a la Gran Bretaña, primer acto por el cual los Estados Unidos se deciden a apoyar decididamente a uno de los beligerantes. Los acontecimientos de Europa, su repercusión en el resto del mundo, y de modo particular en los Estados Unidos, han modelado la política exterior norteamericana durante estos tres años de incertidumbre; los autores nos hacen asistir a un progresivo desenvolvimiento.

El libro que comentamos no se limita tan sólo a la exposición sistemática de los acontecimientos en Europa y Extremo Oriente.

a los que tan vinculada ha ido la evolución de la política americana, sino que sus autores han sabido utilizar ampliamente notas, memorias, informes, extractos de conversaciones inéditas y toda clase de datos que han venido a completar las fuentes europeas, esforzándose por establecer entre las diversas fuentes de información un adecuado equilibrio desde el punto de vista del método histórico. Las opiniones de los diversos testigos del drama aparecen perfectamente delimitadas y son invocadas menos para aclarar los hechos de un modo indirecto que para restituir, de acuerdo con una técnica clara y precisa, la manera en que han sido expuestas por los protagonistas.

Con arreglo a este criterio, resulta interesante leer, por ejemplo, en la página 37, que en octubre de 1938 M. Bullit, en un informe de la conversación sostenida con M. Daladier, manifestaba que este último estaba convencido de la ingenuidad de Chamberlain y escribía lo siguiente: «Daladier ve la situación claramente y comprende que la entrevista de Múnich ha consti-

tuido una gran derrota para la Gran Bretaña y Francia, reconociendo asimismo que, a menos que en Francia exista un espíritu de unidad capaz de hacer frente al futuro, la situación se agravará de modo alarmante en el próximo año.» «M. Bullit —dicen los autores— no tenía una opinión demasiado buena de la potencia militar británica y francesa, y por esta razón aprobaba los esfuerzos de las democracias a fin de atraer a la Unión Soviética a su campo, a pesar de su violenta antipatía y de su invencible desconfianza con respecto al régimen comunista.» El embajador de los Estados Unidos en Londres, Mr. Kennedy, aislacionista y estrechamente vinculado a Chamberlain, de quien recibía diaria información de los acontecimientos, encontraba, dentro de su hostilidad hacia los comunistas, motivos en favor de una política de apaciguamiento. Según él, «los ingleses no deben esperar beneficio alguno mezclándose en las controversias continentales, y harían mejor en evitar a cualquier precio un nuevo conflicto bélico, que reduciría a Europa a un montón de ruinas y prepararía, casi automáticamente, el triunfo del comunismo».

La característica más notable de la diplomacia americana durante esta época la constituye la gran cantidad de documentos e informaciones relativos a la política germanosoviética. Gracias a los informes recibidos de la Embajada de Moscú, cada uno de los pasos que condujo al pacto nazi-soviético fué conocido en Washington, casi al mismo tiempo que en Berlín, y el Presidente Roosevelt estuvo siempre mucho mejor informado que Londres y París. En razón de la fuente de tales informaciones se hacía imposible comunicar muchas cosas de las mismas a ingleses y franceses. El valor de esta documentación explica ciertamente la luz proyectada por la exposición de las negociaciones germanosoviéticas, la guerra de Finlandia, la preparación de la campaña de Noruega y el juicio emitido sobre la actuación de los políticos franceses en el momento del armisticio.

La consecuencia lógica de ello es que los Estados Unidos, a pesar de su fuerte aislacionismo, han evolucionado con pleno conocimiento de causa y con entera libertad de acción. Desde 1938 los grandes temas de la política internacional de Roosevelt —mensaje dirigido a Hitler en pro de un mundo unido, las primeras medidas de

rearme, la vinculación entre los asuntos de Europa y Extremo Oriente, el refuerzo de la solidaridad interamericana— no hacen sino demostrar la conciencia plena en la amenaza por parte de uno de los beligerantes. Lo que, sin embargo, caracteriza la política de los Estados Unidos hasta el momento de su entrada en guerra es el retraso en los medios a emplear, con relación a sus intenciones, y la falta de preparación militar, que durante el período de neutralidad equivale a una falta de preparación diplomática, explicable tan sólo por las tendencias aislacionistas que Roosevelt pudo vencer en toda la línea. Los autores atribuyen a la labor de Roosevelt una excepcional importancia, pues merced a ella los Estados Unidos fueron saliendo paulatinamente del aislacionismo y se pudo abolir la legislación de neutralidad adoptada entre 1935 y 1937. Su acción fué lenta y prudente en extremo, porque así lo requerían las circunstancias, y sus objetivos los mismos de la nación: evitar la guerra, primero, y oponerse por todos los medios a su alcance a su propagación en suelo americano. Así se explica que el rearme de los Estados Unidos fuese al principio un rearme de tipo nacional e ilusorio, y cuando hombres de la talla de un Bernard Baruch exigían un ejército fuerte y dotado de los elementos más modernos, parecía que las fuerzas americanas habían sido por completo depreciadas en razón a la congestión del propio Presidente, quien confiaba que la Gran Bretaña y Francia se bastarían por sí solas para llevar el peso de la guerra. Según los autores, los Estados Unidos no estaban en condiciones de defenderse contra un ataque no provocado, y en la época de la Conferencia de la Habana no hubieran podido prestar una ayuda militar eficaz a sus aliados de la América hispana. Esta debilidad nos demuestra el deseo presidencial de proporcionar a Gran Bretaña y Francia los aviones necesarios para contener la agresión germana sin comprometer a los Estados Unidos en la lucha.

Existe un abismo entre la falta de preparación militar de los americanos y las innumerables intervenciones verbales, cartas y mensajes del Presidente. Estas intervenciones parecen haber tenido como fin, no el de prometer una intervención imposible, sino el de hacerla inútil. Y cuando el apoyo moral resulta insuficiente, viene la ayuda



en materias primas y más tarde en material de guerra, mas en ningún momento piensa Roosevelt intervenir con las armas. Son significativos en este aspecto, no sólo la desconfianza de Roosevelt, en sus principios, sobre el sistema de seguridad colectiva, sino el carácter sumamente prudente de sus discursos en Chicago y Charlottesville y su insuficiencia en refutar cualquier interpretación tendente a ver en sus declaraciones en favor de los Aliados una promesa de intervención armada, aun en el momento en que Reynaud lanzaba llamamientos desesperados en junio de 1940. Y así, en la página 531 puede leerse lo siguiente: «No debe publicarse mi mensaje a Reynaud, puesto que en ninguna forma comprometería a mi Gobierno a la menor acción militar para sostener a los Aliados.» Tales han sido las etapas de la evolución que, a partir del plan revisionista del estatuto internacional, concebida en el momento en que Chamberlain lanza su política de apaciguamiento, llevan a Roosevelt a la cesión de los contratos torpederos americanos. Hay una gama de métodos, con excepción de la guerra, a través de los cuales el Presidente, en su interpretación lúcida de los acontecimientos, varía y dosifica los medios de acción que, según las circunstancias, le parecen los más apropiados para alejar el fantasma de la guerra del continente americano.

De la misma manera se explica la extrema sensibilidad del Presidente, cuya doctrina del panamericanismo ha sido el primer

credo político frente a las amenazas potenciales al continente americano. La importancia otorgada a las flotas inglesa y francesa en el equilibrio de las fuerzas y la aprobación dada a Churchill después de Mers-el-Kebir, así como el temor, quizá infundado, a una acción italo-alemana en América del Sur, tienen la misma explicación. Pearl Harbor es el aldabonazo que despierta a los americanos de su aislamiento, si bien ya existía una fuerte corriente de opinión en tal sentido, y a falta de ayuda militar, los Estados Unidos se preocupan de prestar ayuda inmediata económica a los pueblos hispanoamericanos, privados de sus mercados europeos, temiendo que éstos se deslicen y deriven hacia Italia y Alemania. Los *Cartels* organizados para la compra y utilización en común de los excedentes del continente americano constituyen el primer ensayo de una serie de tentativas por las cuales los norteamericanos se esfuerzan, durante y después de la guerra, en crear las estructuras económicas y los intercambios comerciales en función de objetivos políticos o estratégicos.

En realidad, tales medidas, que prefiguran la política de la estrategia mundial de la posguerra, caracterizan singularmente los tres años elegidos por los autores de la obra como época decisiva; en un espacio de tiempo extraordinariamente corto, cae el telón de ilusiones que separaba a los Estados Unidos del resto del mundo.

JULIO MEDIAVILLA Y LÓPEZ.

